

SOBRE LA OBRA LITERARIA DE RAFAEL LAPESA

Don Rafael Lapesa, como todo el mundo sabe, es profesionalmente lingüista: autor de la *Historia de la lengua española*, director del Seminario lexicográfico de la Academia, catedrático jubilado de Gramática Histórica; en sus clases hemos aprendido a analizar, cronologizar e identificar lingüísticamente antiguos textos y documentos; sin embargo, don Rafael también ha sido maestro en las disciplinas literarias para muchas generaciones de españoles: el magisterio que no pudo ejercer desde un centro de investigación, lo cumplió en la dirección rigurosa de tesis y tesis doctorales y desde sus publicaciones. Por ello, la idea de don José Antonio Maravall de publicar un ensayo sobre sus estudios literarios me pareció excelente, sólo que con precipitación presuntuosa acepté algo que excede a mis fuerzas. Deseo que la admiración del maestro y la gratitud permanente acierten a mitigar los desaciertos del juicio.

La obra en que don Rafael se ha ocupado de la literatura española, además de los dos magistrales libros sobre *La trayectoria poética de Garcilaso*¹ y *La obra literaria del marqués de Santillana*², comprende, sin contar reseñas y prólogos de libros, un medio centenar de artículos algunos de ellos recogidos posteriormente en dos libros: *De la Edad Media a nuestros días*³ y *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*⁴.

Si bien los trabajos juveniles de Rafael Lapesa fueron específicamente lingüísticos, el primer artículo extenso de su bibliografía, publicado en 1934, es un estudio literario sobre «*La vida de San Ignacio, del padre Ribadeneyra*». En aquellas veinte apretadas páginas ya se perfila el gran maestro futuro: un análisis completo de los aspectos fundamentales de la obra—temas, fuentes, estructura, estilos—le permite desentrañar su sentido en sí y en su circunstancia. Con mirada más de filósofo que de crítico comienza por los objetivos del autor, lo que le permite una

¹ *La trayectoria poética de Garcilaso*, Madrid, Revista de Occidente, 1948, 242 págs. Segunda edición corregida, Madrid, Revista de Occidente, 1968.

² *La obra literaria del Marqués de Santillana*, Madrid, Insula, 1957, 348 págs.

³ *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, Gredos, 1967, 310 págs. Cito DEM.

⁴ *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, Madrid, Gredos, 1977, 424 págs. Cito PyP.

más segura explicación de los criterios de selección, tanto del asunto y de sus fuentes, como de los aspectos formales. Situada la obra dentro de una perspectiva histórica de su género—historia—, puede distinguir mejor lo que recibe de éste y lo que aporta:

«Hasta qué punto era esto [la estructura] nuevo en la literatura piadosa del siglo xvi español nos lo evidencia el contraste de *La Vida de San Ignacio* con las biografías escritas por Fray Luis de Granada, la de Juan de Avila, por ejemplo, compuesta después de leer la de Rivadeneyra y tomándola como guía»⁵.

A pesar de que este primer trabajo se ocupa de una obra en prosa, los estudios sobre ésta son la minoría, y en ellos conviene distinguir los que tratan problemas temáticos de los que lo hacen sobre las formas y el estilo. Al primer grupo pertenece un artículo de 1947, escrito con motivo del centenario de Cervantes, «En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*», en el que el escarpelo del historiador, hecho a deslindar rasgos lingüísticos distintivos, en un precioso análisis del tratamiento del tema—Inglaterra—en dos poemas y dos novelas, logra «seguir la evolución espiritual y artística de nuestro máximo escritor y advertir en ella tres momentos: primero, el de heroísmo sin vacilaciones; más tarde escepticismo, crítica, realismo; por último, procesos graduales de perfeccionamiento espiritual, notas religiosas acentuadas»⁶.

Hay en este grupo un núcleo importante de trabajos sobre *La Celestina*: un artículo-reseña sobre la originalidad artística de «*La Celestina*», de María Rosa Lida⁷, en el que presenta una magnífica síntesis de tan valiosa obra: autoría, género, técnica teatral, caracteres. A medida que repasa los puntos fundamentales anota sus disensiones, que, en general, revelan una diferencia en los presupuestos teóricos: mientras que una concepción fuertemente esteticista en la gran filóloga argentina, la lleva a rechazar toda interpretación que trascienda la pura intencionalidad artística de la obra, y la exaltación de la individualidad de los personajes y de sus motivaciones puramente dramáticas; la teoría que parece sustentar el reseñante no excluye la consideración del *prodesse*, además del *delectare*, y, por tanto, está más cercana a la concepción poética que sustentaba el Renacimiento español. En «*La Celestina* en la obra de Américo Castro»⁸ sigue Lapesa un procedimiento metodo-

⁵ «La 'Vida de San Ignacio' del P. Ribadeneyra», en *R. F. E.*, XXI (1934), págs. 30-50. Recogida en *DEM*, págs. 193-211. Cito por esta edición, pág. 205. En adelante, salvo expresa referencia, cito por *DEM* y *PyP*.

⁶ «En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*», en *Homenaje a Cervantes*, II, Valencia, 1950, páginas 365-388. Recogido en *DEM*, págs. 242-63, pág. 263.

⁷ «La originalidad artística de 'La Celestina'», en *Romance Philology*, XVII, 1963, págs. 55-74. Recogido en *PyP*, págs. 25-59.

⁸ «*La Celestina* en la obra de Américo Castro», en *Estudios sobre Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1971, págs. 229-261. En *PyP*, págs. 60-72.

lógico similar al empleado para Cervantes: el tratamiento de un tema, *La Celestina*, sirve para deslindar actitudes que se fundamentan en las circunstancias históricas de que surgieron, siempre vivas: una primera visión de 1927, para probar «la participación de España en los grandes movimientos culturales europeos»; la de 1948, surgida «del horror de la lucha fratricida y el desgarramiento de la emigración [que] le habían hecho preguntarse por las causas históricas que impedían la convivencia de los hispanos entre sí» (pág. 64), y la visión última, «de la obra como una contienda literaria» (pág. 69). Don Rafael, tácita, pero claramente, asume la defensa del maestro: después de hablar de «una primera interpretación apolínea y la segunda dionisiaca, enraizada cada vez con más hondura en las simas del humano existir» (pág. 71), señala cómo, sin embargo, «nunca ha sido principal móvil de sus afanes la mera consideración estética: en 1929 se esforzaba por demostrar, con el ejemplo de *La Celestina*, que España había participado en el Renacimiento europeo; en 1963 declara que la finalidad de su libro 'ha sido menos el deseo de convivir a estas alturas de la vida con una obra imperecedera (el deseo era grande), que el interés por penetrar en la intimidad d un momento decisivo para el curso de la civilización española (página 151)'. Pero esta amplitud de propósito—continúa Lapesa—no ha dañado a su interpretación literaria, que en su versión última logra profundidad y belleza insuperables» (pág. 72). Y, finalmente, dentro de esta trilogía, el artículo que, en la dedicatoria a José L. Aranguren, define como «unas páginas que de algún modo tocan problemas de carácter ético o religioso planteados en una obra literaria» (pág. 73): el finísimo análisis del monólogo de Calisto en el acto XIV⁹. Para poder explicar el fragmento, don Rafael comienza situándolo en la obra: su disposición en el texto y su evolución, puesto que se trata de una adición de 1502; estudio sincrónico del personaje, de su coherencia interna sí, pero no arquetípico, no estereotipado, sino criatura estética viva, que evoluciona. Así concibe Lapesa la figura del protagonista, considerado incluso en ambos autores:

«¿Y Calisto? En el acto I vemos cómo *está*: su ruina moral, su hundimiento; pero Rojas nos dice cómo *es*, analizando los escondrijos de su alma en dos monólogos paralelos. En ambos se plantea el dilema de vengar a Sempronio y Pármeno, ajusticiados por el asesinato de Celestina, o desentenderse de preocupaciones de honra para sólo pensar en el deleite del amor; en los dos prevalece la inacción voluptuosa. El primero forma parte del acto XIII de la *Comedia* y está situado horas antes de la cita dentro del jardín, en la tensa espera que precede

⁹ «En torno a un monólogo de Calisto», en *Homenaje a Aranguren*, Madrid, Revista de Occidente, 1972, págs. 213-228. Recogido en *El comentario de textos*, Madrid, Castalia, 1973, páginas 30-51, y en *PyP*, 73-91.

a la consumación del deseo. En el segundo monólogo, añadido al acto XIV en la *Tragicomedia*, hay mayor complejidad psicológica, mayor juego de autoanálisis y autosugestión. Son las reflexiones de Calisto cuando despierta al día siguiente de haber satisfecho su apetito: no sólo fluctúa en ellas la estimación que el amante concede a los deberes sociales de la honra, sino también el valor que reconoce al placer gozado. Y se presenta un nuevo tema: el de la insolidariedad del universo respecto a los afanes de la existencia humana» (pág. 78).

Un artículo más sobre fuentes de un texto de Larra: Lapesa nos muestra con su arte de lector que sabe enseñar a leer a los demás, que en «La Nochebuena de 1836» hay reminiscencias de lecturas juveniles de las *Confesiones* de San Agustín¹⁰.

Sobre prosa hay que considerar otros dos trabajos que se ocupan de estilo retórico. En efecto, en 1966, Rafael Lapesa señalaba que en la prosa de Feijoo «continúa, de una parte, el gusto barroco por la lozanía expresiva; pero, por otra, anuncia la exaltación sentimental del prerromanticismo, que había de ponderar los placeres y virtudes del entusiasmo» (298-299). Muestra con textos del benedictino que las galas del estilo sirven mejor para mover los afectos, y que en esto, como en la tarea de «abrir a las mentes españolas los horizontes de la cultura europea», coincide Feijoo con Ortega y Gasset¹¹. El otro artículo es sobre fray Pedro Fernández Pecha. Después de situar la personalidad y la obra del fundador de los jerónimos y tratar algunos aspectos de los contenidos de los *Soliloquios*¹², inmediatamente señala: «Todo esto se expresa mediante los procedimientos del saber retórico que los escritos agustinianos habían puesto al servicio de la pastoral: amplificación, paralelismo de frases, frecuente similitud para subrayarlo, antítesis, oxímoros, abundante empleo de la figura etimológica, etcétera» (pág. 11). Lapesa no sólo cree que fray Pedro emplea estas técnicas estilísticas con seguridad y constantemente, sino que cotejados textos «de otras obras hermanas en tiempo, género y lengua», no ha encontrado semejante hecho, por lo que concluye: «Lo que sí creo ver es que la prosa de fray Pedro se anticipa en aspectos esenciales al arte que había de hacer fortuna entre los escritores cortesanos de fines del siglo xv y primera mitad del xvi» (pág. 12).

Pero aunque los estudios sobre la prosa son una lección viva y permanente de rigor científico, de finura crítica y de excelente estilo, es

¹⁰ «El beodo frente al literato en San Agustín y en Larra», *Poemas y ensayos para un homenaje*, Madrid, Editorial Tecnos, 1976, págs. 120-127. Recogido en *PyP*, 120-129.

¹¹ «Sobre el estilo de Feijoo», en *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, II, París, 1966. Recogido en *DEM*, págs. 290-299.

¹² «Un ejemplo de prosa retórica a fines del siglo xiv: los *Soliloquios* de Fray Pedro Fernández Pecha», en *Studies in Honor of Lloyd A. Kasten*, Madison, Wisconsin, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1975. Recogido en *PyP*, págs. 9-24.